

PALABRAS PARA DON PABLO VILA

por DOÑA AURA CELINA CASANOVA

Licenciada en Geografía
Doctora en Ciencias Económicas
Ex ministro de Fomento

De don Pablo Vila he sido alumna primero, y luego compañera de trabajo. Desde hace dieciocho años, de un modo y otro, he estado cerca de él, subordinada de admiración por su pertinaz laboriosidad y por su indiscutible vocación de servicio. Lo he visto en la cátedra, junto a su escritorio, en su biblioteca hogareña, a pleno campo por los riscosos Andes o por polvorientos caminos llanos, balanceándose en una canoa Orinoco arriba o en una hamaca sobre la cubierta móvil de un barco costa adelante; de distinto modo y en distinto sitio, pero siempre con su instrumental característico: lápiz, libreta de apuntes, binóculo, cámara fotográfica, carta geográfica, libro de viajes. Esta mañana lo tenemos en ambiente que no le es muy habitual: forzado como está a atender a un acto en su honor ha tenido que dejar su equipo, el horario reglamentario, la apacible compañía de sus libros. Quiero decir a don Pablo, para empezar que nos excuse si alguna desazón le causamos al arrancarlo de su paisaje de costumbre y traerlo para hacerlo objeto central de esta reunión; que nos excuse en razón de que estamos firmemente convencidos que ello es realización mínima de un deber, y bien sabe él que el deber no puede postergarse ni transferirse.

Me va a permitir, pues, don Pablo, que haga yo aquí una breve revista de sus merecimientos para que los jóvenes que nos oyen sepan que usted ha dado lección permanente de trabajo y para que comprueben cómo el esfuerzo auténtico es humilde, es silencioso y conduce, no a recoger una cosecha de cansancios, sino a una etapa de serena plenitud.

SU PASIÓN DOCENTE

Lleva don Pablo Vila 58 años enseñando, repartidos parte en su país de origen, parte en Colombia, en donde tuve oportunidad de conocerlo como mi profesor de Geografía en la Escuela Normal Superior de Bogotá, y los últimos

catorce años en el Instituto Pedagógico, donde estuvo al frente del Departamento de Geografía e Historia hasta el año pasado, cuando le fue otorgada merecida jubilación.

Don Pablo devino de artesano en maestro. Maestro no de artesanía, como en la clásica organización medieval, sino maestro de enseñanza primaria, de enseñanza media y de enseñanza superior. Dejó el telar en que ganó de mozo sus primeros ingresos como tejedor, para dedicarse a enseñar en una escuela de primeras letras. Esto fue en 1902, los años del fecundo quehacer educativo de Claparede. Su inicio en la docencia no fue, sin embargo, por inspiración directa del gran pedagogo. Se debió a una preocupación familiar y nacional. Se preguntaba en manos de quien iban a educarse sus hijos, los que aún no tenía. No podía ser en alguna de las escuelas o colegios que conocía, signados por la mojigatería y el adoctrinamiento. Deseaba algo más rusioniano para los hijos que vendrían y para los niños de su ciudad, Barcelona de Cataluña.

Encontró por entonces a Francisco Ferrer en la escuela que fundó, su llamada Escuela Moderna. El ensayo de Ferrer, sin embargo, no era aún de escuela nueva, era una imitación de la anquilosada escuela francesa. Pero allí inició su rumbo. Asociado luego con un gran educador catalán, Alejandro Galí, y con el inquieto caraqueño Juan Palau Vera, fundó una verdadera escuela nueva en Barcelona. De su funcionamiento he visto escenas recogidas en buen material fotográfico, en las que destaca un gozoso aire de trabajo como que la buena pedagogía es esa «alegría de conocer» de la que habla un educador francés. Su preocupación trascendió a tal punto que fue becado para cursar estudios en Ginebra, en la Escuela de Educación del Instituto Rousseau, bajo la inspiración de Claparede. Fue por el año 1911 que entró en contacto con el insigne pedagogo, con quien compartió experiencias múltiples, desde complicados análisis de laboratorio hasta las sencillas expansiones de excursionista, andariegos como parecen haber sido los dos. De 1915 a 1918 estuvo en Colombia prestando su concurso en el Gimnasio Moderno, el célebre Instituto de Nieto Caballero. Fue su arribo a la enseñanza media. Junto con Tomás y José María Samper hizo allí labor muy recordada. José Camacho Carreño en dos de sus obras lo menciona. En el primer párrafo de una de ellas dice Camacho Carreño, refiriéndose al Gimnasio Moderno: «... Formáronme allí José María y Tomás Samper, Pablo Vila un catalán que pastoreaba como nadie las almas pueriles, Agustín Nieto Caballero y Tomás Rueda Vargas ...» El mismo escritor, en frases dirigidas al estupendo poeta Alberto Ángel Montoya, su compañero de los bancos escolares, le dice: «... En las clases de geografía de Pablo Vila, el catalán genial y el maestro más arrebatador y cautivante, entrabas en tus primeros éxtasis.» Quienes lo han conocido en su tercera etapa de educador quizá sonrían con esta descripción del pintoresco Camacho Carreño, porque su aire bonachón de ahora no se compadece con el calificativo de arrebatador. Pero la breve descripción del escritor colombiano es una evocación de infancia y como tal un muy elocuente testimonio, que aquí traigo.

Volvió a Cataluña y allí siguió enseñando, con algunas interrupciones para estudios de especialización. De allí lo aventó la deplorable suerte de la república española y, desde entonces, republicano en exilio, ha hecho magisterio en Colombia y Venezuela.

Durante largos años supo don Pablo del heroísmo de lo cotidiano. De las pequeñas decepciones por la torpeza, negligencia o mañas de algunos de los

educandos y de las satisfacciones que el mayor número produce con sus iniciativas, sus hallazgos, su esmero en responder a la guía del maestro. Hubo de sufrir por algunas aisladas manifestaciones de aspereza, injusticia o incomprensión. Pero estuvo sereno a la hora de corregir lo que significara transgresión de las normas y desviación del limpio estilo que se exige en las relaciones humanas. Evitó cuidadosamente que el sentimiento de lo personal torciera el sentido de la corrección o de la indicación. Con la misma calma patriarcal con que tuvo que pasar el mal sabor de lo ordinario, también paladeó el gusto que diariamente le dejaba el mensaje de afecto en la diaria sonrisa de casi todos los que recibieron su enseñanza.

Con todo y el valor que la diaria labor, repetida por 58 años, representa, otros aspectos ponen puntos luminosos en su obra. Uno de ellos, el tono de mensaje personal que imprimía a la lección dicha y dirigida a cada discípulo para que se sintiera como si él sólo existiese. El diario decir no fue sólo para el montón, sino para cada unidad en particular. Mirando a cada uno, deteniéndose sobre cada niño o joven, reposando la sonrisa en uno tras otro, dejaba la sensación a cada quien de ser distinguido objeto de atención del maestro que así descubría comprensión y tejía la corriente de simpatía indispensable para ese recibir y dar que es el aprendizaje.

SU PASIÓN GEOGRÁFICA

Es posible que el hábito de observar a que conduce la enseñanza y un poco los entusiasmos por el excursionismo que debieron nacerle de un club al que perteneció en su ciudad natal, le enrumbaron por el gusto hacia la Geografía, ciencia de observadores y de viajeros, o de viajeros observadores. Este gusto lo cimentó posteriormente el conocimiento que tuvo de figuras cimeras de la escuela geográfica francesa, por quienes sigue guardando una particular devoción.

Algunos años después de su regreso a Cataluña, luego de su primera permanencia en Colombia, tuvo oportunidad de ir a Grenoble a especializarse en estudios geográficos. Allí fue discípulo de Blanchard y su colaborador. Por designación del gran geógrafo francés colaboró en forma muy importante en la traducción al español de la Geografía de Vidal de la Blache. La escuela geográfica francesa había abandonado el método de inventario de accidentes territoriales que había constituido predominio en el aprendizaje geográfico y había entrado de lleno a la monografía de las regiones naturales. Con el nuevo método se empezaron a describir vastas extensiones con el carácter de unidades, en razón de que los fenómenos naturales no pueden observarse en ellas en forma aislada como que se dan en una dinámica variedad de interrelaciones y de influencias recíprocas. El análisis y la descripción sustituían en el nuevo método a la mera cuantificación. Los estudios geográficos le venían a la medida para complementar su formación pedagógica. Le vinculaban, con nuevo lente, a la naturaleza —la gran maestra en el inquieto ideario rusoniano— y le aportaban excelentes materiales de observación para llevar con ellos de la mano a los jóvenes hasta el hallazgo de más distantes verdades. Era una novedosa forma de vivir sano y de aprender con alegría.

Desde entonces ha demostrado que el geógrafo es el hombre universal, por excelencia. Porque escudriña y conoce cada tierra que visita y por este camino la llega a amar.

En Venezuela, don Pablo ha hecho un detenido recorrido de su territorio y una prolija indagatoria de sus recursos, de sus gentes, de sus posibilidades. Ha visitado todas las regiones del país con excepción de las tierras interiores de Guayana. Y más de una vez cada una de ellas. Todo ello con sacrificio de su reposo y en muchas ocasiones de elementales comodidades. Para no descuidar las funciones de su cargo, lo ha hecho por vacaciones. No ha habido semana santa, días pascuales ni asuetos de fin de año que don Pablo no haya utilizado para meterse Venezuela adentro con el consabido equipo de trabajo. En más de una ocasión ha utilizado del mismo modo los fines de semana. También ha hecho acopio de la más completa bibliografía geográfica referente a Venezuela. Desde los cronistas españoles que hicieron mezcla ingenua de atinadas observaciones con maliciosas supercherías, hasta los últimos trabajos presentados por la Asociación Venezolana para el Avance de la Ciencia, pasando por los nunca bien conocidos Humboldt y Codazzi. Uno de los mejores frutos de toda esta labor ha sido la formación de un grupo de jóvenes profesores egresados de nuestro Instituto Pedagógico que alentados por su ejemplo han buscado la forma de realizar cursos en Europa y en Estados Unidos en busca de un bagaje que les permita hacer investigación geográfica. Unos lo han podido realizar, otros no; pero en todo caso la inquietud está ahí y la labor en punto de promesa de inminente cumplimiento. Ello sólo nos habría comprometido con este querido viejo a quien hoy rendimos tributo.

No ha quedado allí todo. Ahora acaba de publicar el primer volumen de su Geografía de Venezuela que, como todo el resto de su obra, es expresión de sus dos pasiones, la de enseñar y la de buscar conocimiento geográfico.

Cuando el Ministerio de Educación le designó para que elaborara este libro, habría podido retirarse de la enseñanza activa, porque aquella comisión constituía suficiente trabajo por sí sola y porque, haciéndolo, habría dado más rápido cumplimiento a su cometido. Pero él rehusó y siguió dando clase, convencido de que esta cotidiana tarea de reencontrarse con los jóvenes, por refrescante, constituía el mejor estímulo para mantenerse en buena forma para el delicado trabajo de ir tramando los materiales que culminaron después en el libro encargado. Desde la cátedra diaria y desde la jefatura del Departamento de Geografía e Historia sintió más directamente la falta de un buen texto de Geografía de Venezuela. Puso manos a la obra para llenar el vacío y el primer resultado es el reciente volumen editado que, de acuerdo con su promesa, es sólo la primera parte de una obra que pase revista en forma más completa a nuestros recursos físicos y humanos.

Otras manifestaciones de su inquietud geográfica son su participación con trabajos en los congresos de Geografía de París (1930), de Varsovia (1934), de Amsterdam (1938), de Washington (1952), de Río (1956) y de Estocolmo (1960). A algunos de estos congresos ha asistido personalmente. Y a uno, el de Washington, no lo hizo porque el ministro de turno —que me perdona don Pablo la indiscreción— le rogó que no lo hiciera porque su asistencia iba a evidenciar la recortada estatura de otros personeros a quienes el Gobierno decidió enviar como representantes por Venezuela.

Todo este quehacer ha respondido a esa fecunda curiosidad que lleva a la

familiaridad con esta tierra hasta donde lo permiten «los límites de nuestra jaula», según la expresiva frase de Bruhnes.

SU RETIRO

El profesor Vila se ha retirado del ejercicio activo de la docencia, pero no ha cambiado de vida. Sigue entre libros, con un poco más de tiempo para hacer memoria de todo un universo de circunstancias, cuya evocación lo llena de complacencia. En el acogedor ambiente que constituye su hogar, nos ha enseñado un manuscrito de Claparede, su gran inspirador, que con dibujos de su puño dedicara afectuosamente a «mon cher ami» Pablo Vila. El interesante «souvenir» tiene buen sitio junto a los retratos de Humboldt, Caldas y Codazzi. La charla en aquel rincón es elocuente testimonio del lujo que constituye en el mundo de hoy la plenitud humanística. Ha habido muchas horas de vigilia, mucha meditación, mucha hora de esfuerzo no vendida, mucha creación sin precio, para construir el tesoro íntimo de su serenidad. Resulta sedante conversar con él en esta etapa de su vida. El trasplante a su mundo tiene algo de deleite de los vinos añejos.

Es de desear que complete sus satisfacciones espirituales la comprobación de que el libro que pone ahora en manos de la actual generación de venezolanos ayude a construir el país que anhelamos fervorosamente.

Caracas. Instituto Pedagógico. 1962.